



Aquí construimos un futuro con migrante y refugiados

Jornada Mundial
del Migrante y del Refugiado

Subsidio litúrgico
para el celebrante

XXVI Domingo del tiempo ordinario

Domingo, 25 de septiembre de 2022



Sugerencias pastorales:

— Allí donde sea posible, proponemos que este domingo y en algunos otros momentos o celebraciones litúrgicas durante el año, al final de las mismas, se invite a algunas personas migradas a compartir con la comunidad un breve testimonio sobre su experiencia de vida, de fe, de integración. Es bueno fomentar esos y otros espacios de encuentro y escucha para promover comunidades acogedoras y misioneras.

— La celebración de las Jornadas puede ser oportunidad para dar a conocer la pastoral con personas migradas en parroquias y diócesis, e invitar a formar parte de ella a quien lo desee. Para ello, contacten con la Delegación o Secretariado de Migraciones de su diócesis o con el Departamento de Migraciones de la CEE.

Web: <https://social.conferenciaepiscopal.es>

Correo electrónico: migraciones@conferenciaepiscopal.es

© CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

El texto de esta obra es propiedad de la Conferencia Episcopal Española, a quien compete conceder el derecho de reproducción conforme a lo establecido por la Instrucción *Liturgiam authenticam*, promulgada por la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos (28 de marzo de 2001), así como por las normas y leyes civiles vigentes.

RITOS INICIALES

CANTO DE ENTRADA

Reunido el pueblo, el sacerdote con los ministros va al altar, mientras se entona el canto de entrada: Gloria y honor a ti (CLN, A 8) u otro canto apropiado. Si no hay canto de entrada, los fieles, o algunos de ellos, o un lector, recitarán la antífona de entrada (Cf. Dan 3, 31. 29. 30. 43. 42):

Cuanto has hecho con nosotros, Señor, es un castigo merecido, porque hemos pecado contra ti y no hemos obedecido tus mandamientos; pero da gloria a tu nombre y trátanos según tu gran misericordia.

SALUDO AL ALTAR Y AL PUEBLO CONGREGADO

Terminado el canto de entrada, el sacerdote y los fieles, de pie, se santiguan, mientras el sacerdote dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

R̄. Amén.

El sacerdote, extendiendo las manos, saluda al pueblo diciendo:

**El Dios de la esperanza,
que por la acción del Espíritu Santo
nos colma con su alegría y con su paz,
permanezca siempre con todos vosotros.**

R̄. Y con tu espíritu.

MONICIÓN DE ENTRADA

El sacerdote, el diácono u otro ministro idóneo, hace la siguiente monición sobre el sentido de la jornada:

Este domingo celebramos la 108 Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado. Con el papa Francisco reconocemos la aportación de los migrantes y refugiados al crecimiento social y económico de nuestras sociedades. Su trabajo, su capacidad de sacrificio, su juventud y su entusiasmo enriquecen a las comunidades que los acogen. Están revitalizando nuestras comunidades cristianas. Conforman un enorme potencial si, valorando lo que nos aportan, promovemos su inclusión a todos los niveles. Cada eucaristía nos recuerda que el sentido último de nuestro “viaje” en este mundo es la búsqueda de la verdadera patria, el reino de Dios inaugurado por Jesucristo, que encontrará su plena realización cuando él vuelva en su gloria. A la luz de lo que hemos aprendido en las tribulaciones de los últimos tiempos, estamos llamados a renovar nuestro compromiso para la construcción de un futuro más acorde con el plan de Dios, de un mundo donde todos podamos vivir dignamente en paz. Hagámoslo aquí y en todas las comunidades cristianas, construyendo el futuro con personas migradas y refugiadas.

ACTO PENITENCIAL (TERCERA FÓRMULA)

El sacerdote invita a los fieles al arrepentimiento:

Jesucristo, el justo, intercede por nosotros y nos reconcilia con el Padre. Abramamos, pues, nuestro espíritu al arrepentimiento para acercarnos a la mesa del Señor.

Se hace una breve pausa de silencio. Después, el sacerdote, u otro ministro, dice las siguientes invocaciones:

En ti creemos: Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

Queremos convertirnos a ti: Cristo, ten piedad.

Rx. Cristo, ten piedad.

En ti ponemos nuestra esperanza: Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

El sacerdote concluye con la siguiente plegaria:

**Dios todopoderoso
tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados
y nos lleve a la vida eterna.**

Rx. Amén.

HIMNO

A continuación, se canta (cf. CLN, cantos que van precedidos por la letra C) o se dice el himno.

Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor. Por tu inmensa gloria te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos, te damos gracias, Señor Dios, Rey celestial, Dios Padre todopoderoso. Señor, Hijo único, Jesucristo; Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre; tú que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros; tú que quitas el pecado del mundo, atiende nuestra súplica; tú que estás sentado a la derecha del Padre, ten piedad de nosotros; porque solo tú eres Santo, solo tú Señor, solo tú Altísimo, Jesucristo, con el Espíritu Santo en la gloria de Dios Padre. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Acabado el himno, el sacerdote, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos.

Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:

OH, Dios, que manifiestas tu poder
sobre todo con el perdón y la misericordia,
aumenta en nosotros tu gracia,
para que, aspirando a tus promesas,
nos hagas participar de los bienes del cielo.

Junta las manos.

**Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.**

R̄. Amén.

LITURGIA DE LA PALABRA

MONICIÓN A LAS LECTURAS

El profeta Amós se lamenta por aquellos que no eran capaces de empatizar o dolerse con los desastres de los otros. También el apóstol Pablo escribe que vivir la fraternidad conlleva practicar la justicia, la religión, la fe, el amor, la paciencia y la delicadeza en las relaciones. En el Evangelio escucharemos el desenlace malogrado de la vida de alguien muy rico que fue incapaz de compartir y ofrecer un futuro al mendigo que pasaba necesidad. El futuro empieza hoy, y empieza por cada uno de nosotros. ¿Qué decisiones tomar ahora, para que el proyecto de Dios sobre el mundo pueda realizarse y venga su reino de justicia, de fraternidad y de paz?

NOTAS PARA LA HOMILÍA

El apóstol Pablo nos invita a una espiritualidad donde la práctica de la religión es inseparable de la justicia, el amor, la paciencia y la delicadeza en las relaciones. ¿Qué espiritualidad y qué medios ofrecemos para promover esto en nuestras comunidades? En su respuesta a la crisis de refugiados ucranianos la Iglesia en España ha sabido estar a la altura con una solidaridad que continúa. Conviene agradecerlo hoy. Este es el camino. Que la cultura de la acogida sea estable y no solo puntual o transitoria. Promovamos una práctica religiosa que integre la acogida y la hospitalidad, que transfigure nuestras comunidades haciéndolas más acogedoras y misioneras.

En el Evangelio, Jesús nos advierte contra el egoísmo de la indiferencia, incapaz de ver al que sufre o de responder a sus necesidades. Una comunidad acogedora y misionera es una comunidad que mira, discierne, actúa en el nombre de Jesús. ¿Cuáles son los “Lázarus” que hemos de salir a buscar y cuidar en nuestro contexto, a imagen de Jesús, del buen pastor, el buen samaritano?

En su mensaje para la Jornada de este año leemos: «La presencia de los migrantes y los refugiados representa un enorme reto, pero también una oportunidad de crecimiento cultural y espiritual para todos. Gracias a ellos tenemos la oportunidad de conocer mejor el mundo y la belleza de su diversidad. Podemos madurar en humanidad y construir juntos un “nosotros” más grande. En la disponibilidad recíproca se generan espacios de confrontación fecunda entre visiones y tradiciones diferentes, que abren la mente a perspectivas nuevas. Descubrimos también la riqueza que encierran religiones y espiritualidades desconocidas para nosotros, y esto nos estimula a profundizar nuestras propias convicciones».

Además: la llegada de migrantes y refugiados católicos ofrece energía nueva a la vida eclesial de las comunidades que los acogen. Ellos son a menudo portadores de dinámicas revitalizantes y animadores de celebraciones vibrantes. Compartir expresiones de fe y devociones diferentes representa una ocasión privilegiada para vivir con mayor plenitud la catolicidad del pueblo de Dios. ¿Sabemos acoger este don?

¿Estamos abiertos a reconocer a las personas y familias migradas como portadoras de esas oportunidades? ¿Pasaremos de los prejuicios a la mirada con el corazón que el profeta Amos echaba en falta en la primera lectura y de la que carecía el rico que malogra su futuro en la parábola del Evangelio?

Es importante cambiar la mirada, mirar a los ojos a las personas migradas y refugiadas, escuchar sus relatos, compartir sus sueños, colaborar con sus esfuerzos y su lucha por alcanzar derechos que les permitan labrarse un futuro de dignidad e integración con su trabajo. Son mucho más que mano de obra necesaria. Por eso es importante apoyar iniciativas legislativas para la regularización de las personas migradas, como la ILP que recoge firmas hasta diciembre, apoyadas por muchas Cáritas y delegaciones diocesanas de pastoral con migrantes.

En su mensaje para la Jornada Mundial de este año, el papa Francisco nos recuerda a todos y especialmente a los jóvenes que, si queremos cooperar con nuestro Padre celestial en la construcción del futuro, hemos de hacerlo junto con nuestros hermanos y hermanas migrantes y refugiados. ¡Construyamos ese futuro aquí! Como reza el cartel: «Aquí construimos el futuro con los migrantes y los refugiados». Desde comunidades acogedoras y misioneras. Porque el futuro empieza hoy, y empieza por cada uno de nosotros. No podemos dejar a las próximas generaciones la responsabilidad de decisiones que es necesario tomar ahora, para que el proyecto de Dios sobre el mundo pueda realizarse y venga su reino de justicia, de fraternidad y de paz.

PROFESIÓN DE FE

Acabada la homilía se hace la profesión de fe.

Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible.

Creo en un solo Señor, Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre, por quien todo fue hecho; que por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación bajó del cielo,

En las palabras que siguen, hasta se hizo hombre, todos se inclinan.

y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre; y por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato; padeció y fue sepultado, y resucitó al tercer día, según las Escrituras, y subió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre; y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin.

Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria, y que habló por los profetas. Creo en la Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica. Confieso que hay un solo bautismo para el perdón de los pecados. Espero la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro. Amén.

En lugar del Símbolo Niceno-constantinopolitano, se puede emplear el Símbolo bautismal de la Iglesia de Roma, también llamado «de los Apóstoles».

Creo en Dios, Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra.

Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor,

En las palabras que siguen, hasta María Virgen, todos se inclinan.

que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de santa María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso. Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos.

Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna. Amén.

ORACIÓN UNIVERSAL

El sacerdote, con las manos juntas, invita a los fieles a orar diciendo:

Oremos al Señor, nuestro Dios. Él hace justicia a los oprimidos.

Las intenciones son propuestas por un diácono o, en su defecto, por un lector u otra persona idónea.

1. Por el papa Francisco, los obispos y todos los que formamos el pueblo de Dios, llamados por el Evangelio a promover comunidades acogedoras y misioneras y a construir el futuro con los migrantes y los refugiados. Roguemos al Señor.

2. Por nuestros gobernantes y por quienes se dedican a la vida política. Que contribuyan con su actividad a defender y promover la regularización de personas migradas y la dignidad de toda vida humana, desde su inicio hasta su fin natural. Roguemos al Señor.

3. Por la paz en Ucrania y en todos los lugares con guerras olvidadas. Roguemos al Señor.

4. Por las personas migradas o refugiadas en nuestro país, en las fronteras y en todo el mundo. Por quienes perdieron su vida en el mar. Roguemos al Señor.

5. Por las personas víctimas de la trata con fines de explotación laboral, sexual o de otra índole y por quienes trabajan para su liberación. Roguemos al Señor.

6. Por nuestros niños y jóvenes migrantes no acompañados. Por nuestras comunidades llamadas a situarse ante la diversidad y la interculturalidad como oportunidad para responder con fidelidad al Evangelio. Por quienes trabajan en la pastoral con migrantes en diócesis, en parroquias, en la vida consagrada. Roguemos al Señor.

7. Por nosotros. Que la participación en la eucaristía evite que caigamos en la indiferencia y nos envíe a acoger, proteger, promover e integrar a todas las personas migradas. Roguemos al Señor.

El sacerdote, con las manos extendidas, termina la plegaria común diciendo:

ENSÉÑANOS, Señor, a ser misericordiosos,
Eguardando el mandamiento de tu Hijo,
sin mancha ni reproche,
y así alcancemos tu misericordia.

Junta las manos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

Rx. Amén.

CANTO DE COMUNIÓN

Quando el sacerdote comulga el Cuerpo de Cristo, comienza el canto de comunión: Comiendo del mismo pan (CLN, O 27) u otro canto apropiado.

Después de distribuir la comunión, el sacerdote puede ir a la sede. Si se juzga oportuno, se pueden guardar unos momentos de silencio o cantar un salmo o cántico de alabanza.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Luego, de pie en la sede o en el altar, el sacerdote, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos, a no ser que este silencio ya se haya hecho antes.

Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:

SEÑOR, que el sacramento del cielo
renueve nuestro cuerpo y espíritu,
para que seamos coherederos en la gloria de aquel
cuya muerte hemos anunciado y compartido.

Junta las manos.

Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.

Rx. Amén.

RITO DE CONCLUSIÓN

En este momento se hacen, si es necesario y con brevedad, los oportunos anuncios o advertencias al pueblo.

BENDICIÓN SOLEMNE

El sacerdote, vuelto hacia el pueblo, extendiendo las manos, dice:

El Señor esté con vosotros.

Rx. Y con tu espíritu.

El diácono o, en su defecto, el mismo sacerdote, puede amonestar a los fieles con estas palabras u otras parecidas:

Inclinaos para recibir la bendición.

Luego, el sacerdote, con las manos extendidas continúa diciendo:

**Dios todopoderoso os bendiga con su misericordia
y os llene de la sabiduría eterna.**

Rx. Amén.

**Él aumente en vosotros la fe
y os dé la perseverancia en el bien obrar.**

Rx. Amén.

**Atraiga hacia sí vuestros pasos
y os muestre el camino del amor y de la paz.**

Rx. Amén.

**Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠, y Espíritu Santo,
descienda sobre vosotros y os acompañe siempre.**

Rx. Amén.

DESPEDIDA

Luego el diácono, o el mismo sacerdote, con las manos juntas, despide al pueblo diciendo:

Podéis ir en paz.

R̄. Demos gracias a Dios.

Después, el sacerdote besa con veneración el altar, como al comienzo, y, hecha la debida reverencia con los ministros, se retira a la sacristía.

Oración del papa Francisco

**Señor, haznos portadores de esperanza,
para que donde haya oscuridad reine tu luz,
y donde haya resignación
renazca la confianza en el futuro.**

**Señor, haznos instrumentos de tu justicia,
para que donde haya exclusión,
florezca la fraternidad,
y donde haya codicia, florezca la comunión.**

**Señor, haznos constructores de tu reino
junto con los migrantes y los refugiados
y con todos los habitantes de las periferias.**

**Señor, haz que aprendamos cuán bello es
vivir como hermanos y hermanas. Amén.**



LIBROS
LITÚRGICOS
Conferencia Episcopal Española